

LA  
VUELTA  
DE LOS DÍAS

MARILYN MONROE  
RENACE UNA ESTRELLA

GUILLERMO CABRERA INFANTE

CADA VERANO Marilyn Monroe resucita de entre los muertos. Ella es una luz de agosto, un fuego fatuo o tal vez una luciérnaga fugaz, pero con luz propia. Es, de hecho, un cometa Halley frecuente.

Este agosto, a los veinticinco años de muerta Marilyn, como ocurría en las fiestas de las diosas de la antigüedad (la diosa Diana, Afrodita), habrá celebraciones muchas y poco duelo. Una celebración mayor es la publicación en Nueva York y en Londres del libro de fotografías de Sam Shaw, una de las mejores colecciones de fotos de Marilyn jamás hechas por un solo fotógrafo. Son, en realidad, la aparición del pájaro azul no en mi patio, sino en ese gran patio de todos que es el Parque Central de Nueva York. Ocurrió el verano pasado. Sam me tomaba fotos paseando cerca de la Avenida del Parque cuando, cansado, busqué un banco en que sentarme bajo los árboles, huyendo del calor y de la gente y su ruido. Nueva York puede dar un sentido exacto a la palabra muchedumbre. Al sentarnos, Sam dijo sin mayor énfasis: "En este banco retraté una vez a Marilyn." Marilyn es la única Marilyn de todas las mujeres posibles.

Había una pareja al lado —me confió Sam—, tratando de hacer el amor o de hacer las paces. En todo caso, nunca supieron lo cerca que estuvieron de la gran estrella del cine, de la diosa, precisamente, del amor.

En un cuento del autor más estadounidense posible, Mark Twain, el escritor finge anotar en un cuaderno de viaje, yendo en barco alrededor del mundo: "Hoy cruzamos la línea del Ecuador. Mary tomó fotos". Sam no toma fotos de una imaginaria línea geográfica, sino de estrellas reales. O todo lo real que pueden ser las estrellas. Marilyn fue más famosa que ese John Lennon que dijo una vez: "Soy más famoso que Cristo". ¡José! Marilyn, al revés de Lennon, es una leyenda que se agiganta con el tiempo, no una blasfemia.

La leyenda de M.M. comenzó con uno o dos fotógrafos. Antes de que fuera una diosa del cine, Marilyn era la niña bonita de fotógrafos como André de Dienes, que fue quien primero la retrató desnuda y su amante (dice de Dienes), hasta Sam Shaw, que la siguió a todas partes cámara en mano, desde el Parque Central de Nueva York (los amantes de verano nunca la vieron) hasta Los Ángeles, y de vuelta a esa parrilla en una acera de Manhattan, en una fotografía que dio la vuelta al mundo varias veces. Ver alzarse la falda de Marilyn (que insistía en no llevar nada debajo) es uno de los iconos del siglo, como Hitler bailando la jiga en París o Einstein sacando la lengua al fotógrafo. Muchas muchachas han imitado esa pose (la de Marilyn en la parrilla que refresca), muchos fotógrafos la han calcado y hasta una película francesa, *Diva*, en el colmo de la

adulación a la estrella, hace de ese momento Monroe un homenaje a su anatomía revelada a la noche. Pero esas piernas francesas no son lo mismo, no son las mismas. Las piernas de Marilyn no necesitaban doble.

—El viento debió serles favorable —le dije a Sam.

—¿Cómo?

—A la pareja que no vio. Se dice que Marilyn se bañaba poco, que sus pies y manos estaban siempre sucios, que oía. Nunca conoció, parece, el desodorante.

—*¡Mentira todo!* —exclamó Sam, un hombre apacible.

—Lo han escrito varios cronistas después de su muerte.

—*Estaban escribiendo sobre un cadáver. Marilyn viva era tan fragante como parece en mis fotografías, aun en blue jeans.*

—Fue una de las primeras en llevarlos, ¿no?

—*Tal vez porque era la única que podía llenarlos.*

—Es una ninfa que quisiste perpetuar.

—*Marilyn nunca fue una ninfa.*

—Citaba, recitaba *La siesta de un fauno*. Mallarmé comienza su poema diciendo: "esas ninfas, yo las voy a perpetuar".

—*Marilyn fue siempre una mujer.*

—Como Rita Hayworth.

—*Sólo que no era nada latina, aunque se comportaba como una gitana rubia.*

—Teñida.

—Siempre la conocí rubia. Aun en la foto del escándalo, desnuda en Play Boy, era rubia. Allí no se ve que es rubia natural, pero nada lo contradice tampoco.

Sam Shaw no es nunca malicioso.

—Laurence Olivier dijo que Miss Monroe, en sus palabras, "tenía el extraordinario don de ser capaz de sugerir ahora que es la más traviesa de las niñas y un segundo más tarde que es perfectamente inocente".

—Marilyn era una inocente en medio de todo. Lo fue hasta el final. Era la víctima de todos.

—Más Bus Stop que Niágara.

—Exacto.

—Las noche que vi Bus Stop en el teatro, en 1956, Marilyn estaba en la sala.

—Marilyn Monroe desaparecía en Manhattan y reaparecía Norma Jean. A veces era como Scarlet O'Neil, la increíble mujer invisible. En Hollywood era una estrella fulgente en todas partes, pero en Manhattan, sin pintura, simplemente vestida y muy pero muy modesta, no era nadie de día. Por la noche se maquillaba y se vestía para disfrazarse de Marilyn Monroe. Hasta la filmación y el estreno de La comedia del séptimo año. Allí se hizo una superestrella de la noche a la mañana. De la noche en qué rodó, delante de la prensa y ante miles de noctámbulos, la escena en que se da una ducha de aire invertido en la parrilla de ventilación del subway. Yo estaba allí y lo vi todo y aparte de los stills tirados por el fotógrafo de la película, hice las fotos que se pueden llamar oficiales de la secuencia. Mis fotos recorrieron el mundo. Es decir, Marilyn recorrió el mundo, pero las fotos eran mías. Eran de ella, claro, pero hechas por mí. Marilyn estaba de veras divertida y nunca se la vio más viva. En la película ella era una realidad hecha fantasma, hecha realidad. Así fue en las fotos que tomé. ¿Podría haber mujer más linda? ¿Sería real o era producto del maquillaje y la iluminación? En mis fotos, muy simples, se veía más linda que en el cine. Sin embargo, en la realidad era más linda.

—Sir Laurence le dijo que si veía una mujer más bella que ella se desmayaría, caería redondo a lo hondo.

Sam supo.

—Vi a Marilyn más de una vez, fui su fotógrafo y su amigo durante años y siempre fue de una belleza que parecía imposible de captar con la cámara. No

creo que yo lo haya conseguido. La vi más de una vez, creo, y nunca sentí necesidad de desmayarme.

—Olivier exageraba de una manera shakespeariana, por supuesto. Por otra parte, Vivien Leigh, su mujer, era más bella que Marilyn.

—Nunca la conocí.

—Yo tampoco. Hablo de la belleza de la pantalla.

—Ah, pero Marilyn en la vida real era otra cosa. Muy delicada mujer, muy insegura, muy vulnerable.

—También Vivien Leigh.

Sam siguió.

—Congelar esa belleza con la cámara fue mi ilusión y mi desespero.

—Pero Marilyn se pasaba horas ante el espejo. Ella misma lo admitía.

—Esa era su inseguridad, no su falta de belleza. Tenía la obsesión de su nariz. A mí me parecía el toque feo que convenía a su cara demasiado linda.

—Néstor Almendros, fotógrafo de cine, declaró que Marilyn tenía un defecto fatal y eran sus ojos separados, casi a cada lado de la cara.

—Ese defecto, hacía efectos.

—Esa es una idea moderna de la belleza femenina. Quien primero la expresó fue Degas, el pintor, que dijo: "Toda mujer bella debe tener algo feo". Eso se llama carácter.

—En el caso de Marilyn yo lo llamo una sublime obsesión. Ella quería ser perfecta, una obra de arte que camina.

—Pero tenía demasiadas tetas, demasiado culo. No sería un Degas, sería un Picasso.

—Ella inauguró la belleza como exageración en el cine. Es bien visible en La comedia desde el principio.

—Prefiero a Kim Novak, en ese estilo.

—Pero Kim Novak era un epígono, una imitación.

A veces las imitaciones son más perfectas que el original, como pasa con las perlas de Mallorca.

—Un diamante, my friend, será siempre un diamante.

—¿No era Marilyn la que cantaba "Los diamantes son la mejor amistad"?

—Para una chica. Eso era en Los caballeros las prefieren rubias. Por cierto, Marilyn encarnó esa rubia preferida (ojos azules de eterno asombro, boca roja y tetas y culo) a la perfección. Ella es lo único que uno recuerda de esa cinta.

—Y Jane Russell.

—Jane Russell ganó doscientos mil

dólares por su intervención, Marilyn quinientos a la semana, a pesar de que los caballeros la preferían a ella.

—Hubo un visible salto entre la Monroe de Los caballeros... y la Marilyn que se apropió para siempre de ese nombre en La comedia. Ella gustaba de repetir una cita de nada menos que Goethe, "El talento se desarrolla siempre en privado".

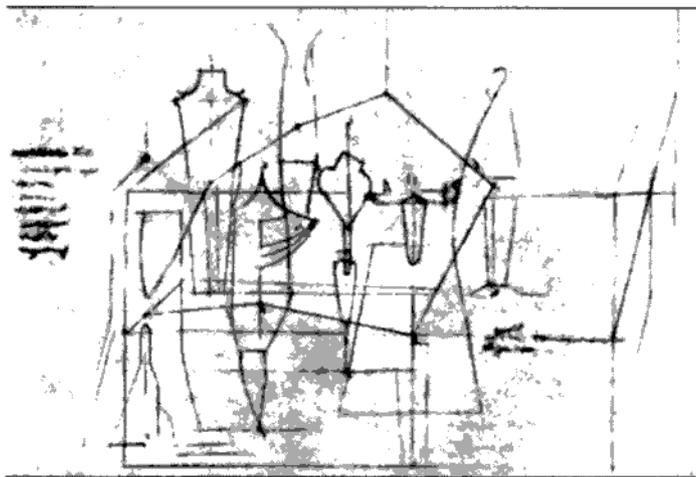
—En su caso fue un talento que se desarrolló bien en público, de película en película, de foto en foto, de apariciones ante la prensa. Hasta sus matrimonios y sus divorcios y sus romances fueron públicos. Había poca cosa privada en la Marilyn de esos años.

Sam, a quien Marilyn en sus días de gloria llamaba Sam Spade, el hombre que persiguió al halcón de pedrería más allá de un nido de malvados, Sam Shaw, sabio, pudo haber dicho, como Von Sternberg, "Agité el océano y surgió una mujer destinada a cautivar el mundo". Hablaba el Von por supuesto de Marlene Dietrich. Pero Sam, siempre escondido detrás de su cámara, es un hombre callado y nunca dijo nada. Me tomó años de amistad para que dijera lo que ha dicho. Hubo que conminarlo más de una vez: "Say it again, Sam".

Samuel Shaw, fotógrafo, productor de cine y confidente de actores tan difíciles como John Cassavetes y Anthony Quinn, además de conocer por su nombre a cientos de extras extraordinarios, conoció a Marilyn Monroe en fecha tan remota como la filmación de Viva Zapata. Marilyn Monroe no era entonces ni Marilyn ni la Monroe y casi no era Marilyn Monroe. Respondía todavía por el nombre de Norma Jean, hoy tan pop y entonces tan olvidable. Marilyn no era una actriz ni una starlet y no tenía contrato fijo y trabajaba de extra a veces. Ella era una de las extras que Sam, el hombre que inventó la modestia, no sólo saludaba sino retrataba.

Sam contiene en su archivo de fotos y en su panoplia invertida de negativos más estrellas, para parafrasear a Louis B. Mayer —el hombre que fue el león de la Metro—, más astros que los que hay en el cielo de noche. En sus contactos tiene su paraíso y su limbo. Pero no ha querido instalar su infierno. De entre sus fotos, muchas, de Marilyn y de sus recuerdos ha salido esta conversación que gira de cerca a la estrella más fulgente, como insistía

Hedda Hopper, la cronista de Hollywood que alabó a la Monroe más allá de todo adjetivo, en un despliegue casi embarazoso. Hedda Hopper, sin embargo, cuando Marilyn fue suspendida por la Fox de su última película *Something Got to Give* (inconclusa), aplaudió públicamente al estudio. No más Marilyn Monroe. Esa suspensión, según algunos, condujo a su suicidio. Sam, categórico, niega que Hollywood fuera la causa de la muerte de Marilyn. "Hollywood no la destruyó pero tampoco la hizo. Marilyn fue su Frankenstein, creadora y monstruo a la vez. A Marilyn la mató la soledad de los célebres". Terenci Moix, el autor de *El día que murió Marilyn*, nueva novela, diría que la mató el demasiado amor. Creo, de veras, que a Marilyn Monroe, como a todos, la mató la vida.



## RECUERDOS Y REFLEXIONES

ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO

ESTE CONGRESO QUE se celebra en Valencia "50 años después" de que tuviera lugar el II Congreso de Escritores Antifascistas tiene al parecer dos diferentes propósitos. Por un lado quiere ser una mirada hacia el futuro, establecer un diálogo sobre "relaciones entre política y cultura", "compromiso y soledad creadora"; por otro hacia el pasado, no sólo para conmemorar, sino tratando de esclarecer en lo posible el papel de los intelectuales durante la guerra civil española.

Mi intervención, si es que alguna he de tener, habrá de referirse naturalmente al pasado. Y con ello me siento algo inhibido, pues bien sé que la historia de nuestra guerra interesa hoy a muy poco. Fue tragedia que más bien se quiere olvidar, por buenas razones. Cosa ya superada, se dice. Y esperamos todos que en verdad así sea, para siempre. Más que remover viejas cenizas me interesa a mí hoy día, como a otros supervivientes de aquella época, exilados y ex-exilados, poder constatar el afianzamiento definitivo de la democracia.

Pero ya que algo he de decir me anima ver que en el Manifiesto que sirvió

de convocatoria a este Congreso se dice que lo que "interesa" ahora, "cincuenta años después... es una reflexión crítica". Interesa en cuanto a los intelectuales conocer cuál fue la "naturaleza de su compromiso", pues ya es hora, se agrega, de "reafirmar verdades que siguen siéndolo, pero también de denunciar cegueras y engaños", e incluso crímenes. Esta invitación al esclarecimiento de algunos hechos y actitudes, y a un cierto examen de conciencia, me parece muy oportuna. Yo por mi parte trataré de responder del mejor modo que pueda.

Diré algo luego sobre la revista *Hora de España* y el papel que en ella tuvieron sus fundadores, aunque éste es asunto ya bastante esclarecido. Pero antes quiero tocar el tema de la relación que a lo largo de la guerra tuvimos nosotros —intelectuales no comunistas— con los comunistas, diversas clases de comunistas, y en diversas circunstancias. Y también de nuestras ilusiones, engaños y desengaños. Yo, claro es, puedo hablar sólo de mí; de lo que supe o no supe, vi, pensé y sentí, y de lo que recuerdo. Pero creo que lo que voy a decir no diferirá mucho de lo

que otros ya han dicho o pudieran decir. Y me refiero sobre todo a mis compañeros y amigos, los del grupo *Hora de España*.

La razón principal de nuestro continuado apoyo a los comunistas, entusiástico generalmente al principio y a pesar de todo después, era el convencimiento que muchos teníamos de que ellos eran indispensables para seguir la lucha: por su organización y disciplina, por la ayuda rusa, y porque resultaban, en fin, ser los mejores, más eficaces combatientes.

A poco de estallar la guerra muchos, especialmente los jóvenes, intelectuales o no, se sintieron envueltos en una gran ola de entusiasmo, de esperanza, de fe revolucionaria. El mundo todo, el futuro, así como la vida personal de cada uno de nosotros, aparecían de pronto profundamente alterados. Se sentía a menudo, al ponerse no momentáneamente en contacto con otros —un campesino, un desconocido miliciano—, que se estaba creando una nueva forma de convivencia, que había surgido una honda solidaridad entre todos los hombres. Fue aquello como una gran ilusión, algo grande, difícil de explicar; y

de comprender sin duda para quien no haya vivido alguna vez algo semejante. Pero aquella gran llamada se fue extinguendo pronto, aunque los reflejos duraran aún bastante tiempo. El eclipse empezó primero con los muchos crímenes, en nuestro lado, que era difícil ignorar; con la muy visible presencia de los "incontrolados". Pero todo se fue oscureciendo aún más al hacerse evidente, ya a fines del verano, la incapacidad de las milicias populares para contener el avance del enemigo. Se sentía vivamente la gran urgencia de crear un verdadero Ejército disciplinado: necesidad de organización, mandos, y, naturalmente, armas adecuadas. Por todo ello cuando se formó el Quinto Regimiento, tan efectivo, constituido en su mayoría por comunistas; con la llegada de los primeros internacionales y los primeros aviones rusos; con la formación de un nuevo gobierno de unión y de la Junta de Defensa de Madrid; y, sobre todo, con los primeros éxitos de esa defensa, que hicieron que en muchos el derrotismo se transformara de pronto en renovada fe y esperanza, surgió un común gran deseo de unidad, y con él la disposición de casi todos a la obediencia. Y de todo ello se beneficiaron especialmente, claro es, los comunistas, cuyo poder e influencia en el Ejército y en el gobierno fueron desde entonces cada vez mayores.

Pero más sorprendente que esto resulta hoy la continuada atracción y simpatía de muchos de nosotros, intelectuales "compañeros de camino", hacia el comunismo staliniano. Los que se han ocupado de esto se han asombrado siempre de la ignorancia que debíamos de tener en cuanto a lo que el stalinismo suponía. Y esa ignorancia en verdad era grande, fue muy grande durante bastante tiempo. Y es que las noticias, cuando llegaban, nos llegaban generalmente tarde y mal, truncadas; y además no siempre le prestábamos la atención debida, absortos como estábamos a menudo con dramas y problemas más inmediatos que nos tocaban más de cerca.

Cuando tanto celebrábamos, por ejemplo, que se hubiera contenido el asalto a Madrid, nada sabíamos de los crímenes en Paracuellos; o cuando tanto agradecíamos la fraternal ayuda rusa, ignorábamos completamente que las armas que recibíamos se estuvieran pagando con el oro del Banco de España. Y antes, de la ejecución de Kame-

nev y Zinoviev, ocurrida en agosto del 36, cuando yo me encontraba en el frente de Córdoba, no recuerdo haber tenido ni noticia; ni recuerdo que nadie hablara luego de ello en Madrid, en la Alianza, aunque quizás en esto me falla la memoria. Sí recuerdo en cambio ya más tarde, en Valencia a principios de 1937, haber comentado con otros las sorprendentes y perturbadoras noticias que llegaban de la U.R.S.S.: las continuadas "purgas", que resultaban ser espías y traidores tantos y tan famosos líderes de la Revolución; y, sobre todo, aquellas tan increíbles "confesiones". Todo ello creaba decepción, claro es; y dudas, y más que dudas. Pero no hacía que se alterase mucho todavía nuestra esperanza, o la vaga idea que teníamos sobre el comunismo en general. Después de todo eso ocurría lejos y no parecía afectarnos a nosotros directamente; y además seguíamos en todo caso necesitando la ayuda rusa. Nunca sospechamos por entonces que aquel terror soviético pudiera llegar a España; y menos que llegarían a practicarlo en nuestra propia tierra, impunemente, agentes rusos llegados de Moscú.

El aplastamiento entre mayo y agosto de 1937 de anarquistas y trotskistas, aunque doloroso, no nos preocupó al principio demasiado. Creíamos, en efecto, que había entre ellos muchos maleantes infiltrados; que era necesario que se extendiera a todo Aragón y Cataluña el control del nuevo gobierno de Negrín y Prieto, que era imprescindible la unidad de nuestras fuerzas militares. Y además pensábamos que, como mucho se repetía, había que ganar la guerra antes de intentar hacer la revolución.

Lo que sí nos perturbó bastante fue la desaparición en junio de Andrés Nin, asesinado luego por agentes soviéticos en agosto de 1937. Pero de esto último yo, y supongo que otros también, no supimos, o no tuvimos el convencimiento de que en verdad así había ocurrido sino bastante más tarde. Para entonces, ya en el verano de 1938, tenía yo evidencia de que crímenes análogos, aunque fueran de personajes menos famosos, crímenes contra *trotskistas*, se estaban cometiendo en el Ejército y en otras partes por orden del S.I.M. y de los comunistas, rusos y no rusos. Y extrañamente eso sucedía en una época en que mi relación con soldados, jefes y oficiales, comunistas en su mayoría,

españoles e internacionales, era generalmente muy cordial, amistosa. Y es que no creía yo, y sigo no creyendo, que aquellos a quienes yo trataba fueran criminales ni cómplices siquiera de criminales. Su falta, si acaso, era el silencio que guardaban aunque supieran. Un silencio aún más grande que el mío, y seguramente motivado, principalmente, por la misma razón: el miedo.

Para tratar de explicar un poco lo que ocurría, cuál era la situación por entonces, tal como la vivía, diré algo de lo que supe y vi, hice o no hice en 1937 y 1938.

A mediados de abril de 1938 pude al fin reincorporarme a la 45 División, a la cual pertenecía desde julio del año anterior. El jefe de la División, Jorge Hans, me nombró entonces comisario de una pequeña Escuela Militar que se estaba formando en Cambrils, Tarragona. El comandante era Ludwig Renn, un aristócrata alemán, Arnold Vieth von Golssenau, militar y escritor comunista que se había distinguido luchando en la defensa de Madrid con el batallón Thaelman.

Mi nombramiento, no siendo yo comunista, no dejaba de ser un poco extraño, aunque mi papel más bien venía a ser el de maestro, un muy atareado maestro que se esforzaba en dar un ligero pero muy necesario barniz cultural, de historia y geografía sobre todo, a unos heroicos soldados, bastantes de ellos campesinos que habían ascendido recientemente a oficiales por méritos de guerra, pero que eran en su mayoría casi analfabetos.

A Hans lo había conocido en Madrid, a principios de julio de 1937, cuando éste asistía al II Congreso de Escritores Antifascistas acompañado de su ayudante, el escritor alemán Bodo Uhse. Yo asistía también porque pude conseguir un permiso de tres días antes de incorporarme al batallón al cual había sido asignado al llegar a Madrid. Lo más memorable de aquellas reuniones del Congreso en Madrid fueron las acaloradas discusiones que solía haber al aire libre, en los patios, referentes al asunto André Gide, quien acababa de publicar su segundo libro sobre la U.R.S.S. La delegación soviética iba a proponer que se le expulsara de la organización, a lo cual se oponía violentamente Malraux, y también otros. Rafael Dieste recuerda (en una carta a Manuel Aznar de noviembre, 1976) que él y yo instamos a Bergamín "el

uso de su influjo para evitar la expulsión de Gide". Y no creo que fuera por eso, pero el caso es que en la reunión final, el 8 de julio, cuando iba a abordarse la cuestión, Bergamín, experto en tauromaquia, con una buena faena de capa, logró eludir la embestida del toro. Solicité primero, como Presidente de la Asociación española, que se le permitiera hablar antes que otros; y cuando se le concedió esto, condenó en un breve discurso a Gide, por el daño que causaba, pero acabó pidiendo que se aprobara su propuesta de "silencio" sobre el tema. Y así se hizo, unánimemente; logrando de este modo evitar el escándalo y la división que se hubieran producido con una cacareada expulsión. Ese mismo día fue cuando Hans y Bodo Uhse me reclutaron para su División, tranquilizándome al asegurarme que ellos harían que fuese legal mi traslado. Estuve con la 45 División en Guadalajara, y luego en Aragón; y allí, a fines de 1937, me encargó Hans preparar un libro en el que algunos miembros de las Brigadas Internacionales contarán su vida y hazañas, y donde se contará también la historia de algunos famosos batallones. Reuní el material que pude y al fin me fui a Barcelona, donde Luigi Longo, "Gallo", como le llamaban, el inspector General de las Brigadas Internacionales, habría de asesorarme, proporcionarme material, ayudarme a conseguir papel e imprenta, etcétera. Pero mi relación con Gallo no fue buena. Le disgustaba sin duda que fuera yo, no militante, el encargado de hacer esa obra. Parecía muy seco, casi hostil, y me ayudaba poco. Seguramente le resultaba yo tan antipático como él a mí. A pesar de todo seguí con mi trabajo; y a principios de marzo, cuando comenzaba la gran contraofensiva en Aragón, estaba ya casi todo listo para comenzar a imprimir. Vinieron poco después los grandes bombardeos de Barcelona, que paralizaron todo unos días. A principios de abril, cuando ya estaban de nuevo en marcha las máquinas, me fui por los campos, dificultosamente, a buscar mi división, que nadie sabía dónde se encontraba. Seguía aún la retirada y la situación en el frente era caótica. La encontré finalmente cerca del Ebro, por los días en que los "nacionales" llegaban al mar en Vinaroz, cortando nuestra zona en dos. Había sufrido muchas bajas y estaba en decaído, en período de reorganización,

con nuevos soldados que eran ya en su mayoría españoles.

Cuando logré ver a Hans tenía éste a su lado un ejemplar de la revista: un grueso volumen, en color, con fotos y viñetas de Gaya, que acababa de llegarle. Pero me dijo inmediatamente, muy malhumorado, que por orden de Gallo no se iba a distribuir. La causa aparente era que en la portada aparecía Indalecio Prieto —como Gallo me había indicado que tenía que ser—, y ahora resultaba que el Ministro de Defensa, Prieto, por presión de los comunistas, había tenido que dimitir. Pensé que bien podría simplemente cambiarse esa portada, pero nada dije, pues comprendía que la causa principal de la supresión debía ser otra. Lo que resultaba en todo caso es que yo, sin quererlo, era la causa de que Hans hubiera quedado en mala posición ante el omnipotente Gallo. Y por eso me sorprendió que, sin embargo, días después Hans me nombrara comisario de la Escuela.

Se trataba con esa Escuela de instruir rápidamente a nuevos oficiales. Ludwig Renn era el encargado de las lecciones de táctica, en lo que le ayudaba un capitán español, Fábregas. Mi relación con ambos, en los meses que siguieron, fueron muy buenas. Y aún mejores —entrañables incluso a veces— las que tenía con mis alumnos, los nuevos oficiales, comunistas nuevos también la mayor parte. Me parecieron en general hombres magníficos, ansiosos de aprender y de poder cumplir bien con su deber. Muchos de ellos murieron poco después en el Ebro.

Pero antes de eso, aquel mismo verano del 38, comencé a enterarme de cosas extraordinarias que sucedían aquí y allá. Un día que fui con Fábregas a Barcelona me llevó éste, muy secretamente, a un piso donde encontré escondidos, asustados y deprimidos a dos internacionales, no recuerdo de qué nacionalidad. Eran desertores, perseguidos, acusados de "trotskismo", que habían encontrado provisional refugio en ese piso gracias al capitán Fábregas, compañero suyo. Por ellos, y por otros luego, supe de casos análogos, de persecuciones y asesinatos. No sé si Hans o Renn sabían algo de todo eso. Probablemente sí, aunque no creo que por iniciativa de ellos se hubiera matado o perseguido a ningún "trotskista". Ludwig Renn en más de una ocasión me dejó saber que estaba

muy disgustado con lo que ocurría en la U.R.S.S.

Algo después, ya en septiembre, supe de un crimen que acababa de ocurrir cerca de donde yo estaba. Un día encontré a un teniente español, Lafuente, a quien yo había conocido en Madrid antes de la guerra como auténtico trotskista. La compañía de comunicaciones a la cual pertenecía acampaba no lejos de Cambrils. Palideció al verme, temeroso sin duda de que pudiera yo denunciarle. No tardó en convencerse sin embargo de que no sería así, y nos hicimos bastante amigos. Le visité dos o tres veces, sin preguntarle qué había hecho durante la guerra, ni recordarle su pasado, naturalmente. Y un día que fui a verle de nuevo resultó que había "desaparecido". Nadie podía o quería dar más explicaciones; y aun parecía disgustar mucho que yo mencionase siquiera su nombre. Sólo días más tarde logré al fin que un cierto pequeño comisario, de aspecto bonachón, me contara, con gran temor y en voz muy baja lo que había ocurrido. Había pasado por allí un muy conocido dirigente comunista que reconoció a Lafuente y exclamó: "¿Todavía anda por aquí ese trotskista?". Y esa misma noche lo fusilaron.

Por aquella época, fracasada ya la ofensiva del Ebro pero cuando aún se libraban fuertes combates, pude ver en muchas caras, en visitas al frente y en otras ocasiones, consternación, miedo; y no sólo por el curso que tomaba la guerra. Yo mismo tenía algún motivo de temor por mi seguridad. Ello era porque dos meses antes había visitado nuestra Escuela un inspector ruso. Estuvo éste al principio muy efusivo, admirado al parecer de la eficacia de mis métodos pedagógicos. Pero luego, a la hora de almorzar, sentado a la mesa a mi lado y delante de todos los oficiales, me preguntó de pronto muy serio, *qué era lo que hacía yo en la lucha contra el trotskismo*. Le respondí del modo más sereno que pude que *no hacía nada*. Y aún agregué algo que vino a ser esto: yo era comisario, maestro, pero no policía; además estaba en mi propia tierra, en el Ejército de mi país, y no tenía obligación alguna de seguir indicaciones suyas. Se produjo un largo, penoso silencio. Vi que Ludwig Renn, frente a mí, impasible y con la cabeza muy erguida como siempre, me miraba serio; aunque —me pareció— a la vez sonriente, complacido por

dentro. Nadie mencionó jamás lo ocurrido. Hasta una tarde, a fines de septiembre, cuando Renn se despedía de mí, pues comenzaba ya la retirada de los Internacionales; aunque ésta no se decretara oficialmente sino un mes después. En el último momento me llamé aparte y me advirtió del peligro que corría. Un alto comisario, español —no recuerdo el nombre—, informado del incidente con el ruso, quería hacer conmigo un escarmiento. Hans y él —me dijo— lo habían hasta entonces impedido, pero ya que ellos se iban y la Escuela iba a disolverse, no sabía lo que me podría pasar.

El aviso fue muy oportuno. Comunicó lo que sucedía a mi buen amigo Lorenzo Varela, comisario de una famosa División, que no estaba lejos. Y en efecto días después recibí aviso de que me presentara ante el que iba a ser mi juez. Tuvimos un fuerte altercado; y le pedí, ya que me acusaba entre otras cosas de ociosidad, que me mandara al frente. Pero él tenía otros planes, me dijo. Y por lo pronto quedé detenido. Pero eso duró poco, pues como ángel salvador no tardó en llegar Varela, en un gran coche negro con banderín, y me sacó de allí sin gran dificultad, sano y salvo. Y así dejé de pertenecer a la 45 División.

Un día después, estando aún con Varela, recibí aviso de que me presentara ante otro aún más alto comisario. Este no me acusó de trotskista ni de nada. Lo que hizo fue ofrecermelo un puesto como organizador de propaganda. Habíamos sufrido muchísimas bajas, me dijo: había que reorganizar de nuevo muchas divisiones con nuevos reclutas nada entusiastas, y había que tratar de levantar un poco los ánimos. Era éste un tipo austero, consagrado a su deber. No muy cordial, pero nada amenazador tampoco. Mas no era la clase de persona de quien yo, a esas alturas, quería depender. Y no creía yo además que pudiera hacer bien el trabajo que se me pedía, que habría de consistir básicamente en ir de aquí para allá mintiendo, y haciendo que mintieran los otros: fingiendo un entusiasmo que yo no tenía. Rechacé pues el ofrecimiento, al cabo de unos días, y me fui de allí sin grandes reproches y sin que me pasara nada.

Muy poco después me presenté en el Ejército del Este, donde no predominaban tanto los comunistas. El Comisario general, José Ignacio Mantecón, me

encargó la dirección, junto con Rafael Dieste al principio, del periódico de ese Ejército. Cumplí esa tarea del mejor modo que pude durante los tres últimos meses de la guerra, lo cual no fue fácil debido a las constantes y a menudo precipitadas retiradas. Y queriendo en lo posible evitar retóricas e inútiles arengas, no mentir, y a la vez no desmoralizar demasiado a los soldados, di a ese periódico, sobre todo en los titulares, un tono sobrio, frío, poco usual, que Mantecón, burlescamente, calificaba de "británico".

Y ahora he de mencionar *Hora de España*, un poco de su historia, aunque no tenga mucho nuevo que decir, ya que si algo justifica mi presencia en este Congreso es la parte que tuve en la fundación de esa revista.

En carta a Jan Lechner, de abril 1970, escribía Rafael Dieste: "El plan de la revista había sido largamente madurado, en varias conversaciones ambulatorias, por Antonio Sánchez Barbudo y yo". Vinieron luego las gestiones para obtener recursos, y de ello encargamos a Bergamín, pero como éste no "traía noticias", agrega Dieste, "Barbudo optó porque hiciéramos la gestión directa. Era entonces Ministro de Propaganda Carlos Esplá...". Y a éste, un republicano, le "encantó el planteamiento" nuestro. Lo que le propusimos fue simplemente tratar de agrupar en esa revista a los mejores escritores, que no fueran fascistas, y dejar que se expresaran con toda libertad. Pensábamos que así se conseguiría buena literatura y que ello sería además la mejor propaganda. Esplá nos concedió inmediatamente la subvención. Fue después de esto, sigue diciendo Dieste, cuando empezaron a celebrarse en casa de Gil-Albert las reuniones "definitivas, las de constitución en la forma prevista, pero puntualizando pormenores". A éstas acudían sobre todo los que serían pronto redactores; o sea Altolaguirre para la parte tipográfica, Gaya para las ilustraciones y Gil-Albert, Dieste y yo.

Dieste fue elegido unánimemente para el puesto de Secretario, por ser el mayor, más maduro y el verdadero originador de la revista. Pero se negó a aceptar. En carta a Caudet, de enero de 1974, explica que su "renuncia decidida fue "para evitar malentendidos.. principalmente en ciertas cabezas oficiales". Entre esas cabezas estaba sin duda la de Wenceslao Rocas, subsecre-

tario del Ministerio de Instrucción Pública, que le tenía gran enemistad desde que en agosto de 1936, en Madrid, en una asamblea de la Alianza de Intelectuales, fuera elegido Presidente José Bergamín, a propuesta de Dieste, y no el candidato presentado por Rocas. Y así, al haber renunciado Dieste a la Secretaría, el cargo, dice él mismo, " vino con toda naturalidad a recaer en Sánchez Barbudo".

Aunque mi nombre aparezca, además de como redactor, como Secretario en los números I al XII, es decir durante todo el año de 1937, cuando la revista se publicaba en Valencia, antes de trasladarse a Barcelona, en realidad ocupé ese puesto sólo hasta junio de 1937, hasta el número VI. Entonces me substituyó Gil-Albert, que fue de hecho el Secretario hasta septiembre de 1938. La Revista la hacía sobre todo el Secretario, al menos cuando yo lo fui, consultando con los miembros de la redacción. El llamado Consejo de Colaboración era pura fachada y no hacía nada. En los números VII y XIII aparecen agregados nuevos nombres de redactores —Serrano Plaja, Ángel Gaos, María Zambrano—, y nuevos miembros en el Consejo de Colaboración, pero todos estos cambios no afectaron en nada especial al carácter original de *Hora de España*.

Las amenazas que en ocasiones sentimos contra su independencia provenían casi siempre de Rocas, que intervenía o trataba de intervenir en casi todas las manifestaciones culturales y de propaganda. Al parecer le habían encargado, o él mismo se había adjudicado, la misión de mantener en lo cultural la ortodoxia comunista staliniana. Fue por eso martillo de herejes y látigo de inconformistas, protestantes y renuentes. Mas, por no depender de él la revista, sino del Ministerio de Propaganda, su influjo en *Hora de España* fue mínimo. Se limitó, que yo sepa, a hacer que se suprimiera, en la *Elegía* que Cernuda dedicó a Federico, una estrofa referente a la homosexualidad de Lorca, según ha contado Gil-Albert, y también, según Dieste, a sugerir que se pidiera colaboración a Benavente. Y éste en efecto publicó en el num. XIII un ridículo soneto, "A la manera clásica", en el que habla de amor, desdenes y celos. Algo en verdad bastante alejado de ese realismo socialista al que sin duda aspiraba Wenceslao Rocas. Y ésta fue sin duda la única

colaboración forzada que apareció en la revista.

Intervino además Roces, excepcionalmente, en la preparación del num. VIII, dedicado al II Congreso de Escritores Antifascistas, ya que ese Congreso estuvo subvencionado por el Ministerio de Instrucción Pública. Se nombró una "comisión organizadora", formada principalmente por Serrano-Plaja y Gil-Albert pero presidida por Roces, a quien tenían que dar cuenta de todo. Fue mucho lo que tuvieron que "tragarse", confesó luego Plaja. Entre otras cosas eliminar el nombre de Gide; y por haber protestado de esto Gil-Albert, la consecuencia fue que, un año más tarde, Roces hiciera que se anulara un premio de poesía que un jurado le había ya concedido. Y además cometió otras tropelías, especialmente contra Dieste. Pero nada de esto afectó tampoco mucho a la revista. El único intento serio de controlarla tuvo lugar en el otoño de 1938.

Es ésta una cuestión aún algo oscura. Quien mejor explica lo sucedido es Rafael Dieste, que en cartas a Francisco Caudet de julio y septiembre de 1973 cuenta que Quiroga Plá y María Zambrano se acercaron a él para decirle que unos "nuevos subvencionadores" de la revista exigían cambios en la dirección de la misma, y que la subsistencia de ella dependía de que él accediese a esos cambios, no especificados entonces. Le aseguraron sin embargo que "no ocurriría nada contrario al espíritu, propósitos y esencial tradición de la revista". Dieste finalmente aceptó, ya que no tenía otro remedio, y fiado además en la integridad de su buena amiga María Zambrano. Dieste pensaba luego que si le hicieron esa "consulta" Quiroga y María, no fue porque nadie les obligara a ello, sino porque éstos creyeron que era "inexcusable" darle siquiera a él noticia previa de lo que iba a ocurrir.

Y en efecto, en el num. XXII, el último tomo que se repartió, fechado en octubre de 1938 pero que no apareció sino en diciembre, había la novedad de que quedaba suprimido el puesto de Secretario, pasando Gil-Albert a la redacción, y se creaba un "Comité Directivo" formado por Rafael Alberti, María Zambrano, José Ma. Quiroga Plá y Emilio Prados. Dieste pensaba, y creo que con razón, que Alberti nada tuvo en verdad que ver en ese nombramiento. Pero la mayor sorpresa fue ver que,

en cuanto al contenido, no había cambios. Y tampoco los había, como se ha podido ver luego, en el num. XXIII, el que se creyó perdido. No hubo tiempo para introducir grandes novedades aunque se hubiera querido, pero además quienes formaban ese Comité Directivo no debieron tampoco pensar en hacer cambio básico alguno. En la Introducción a la reedición de ese número XXIII que se hizo en 1974, escribía María Zambrano: "Ninguna lucha interna. Estaba bien fundada y no había sino seguirla, servirla". *Hora de España* sigue pues hasta el final siendo la misma, fiel a los propósitos originales. Y ello gracias no sólo a los esfuerzos de sus fundadores, sino también porque los poetas comunistas, y esos otros intelectuales no comunistas que por una y otra razón se vieron obligados a veces a seguir ciertas órdenes, nuestros colaboradores y amigos, en cuanto a la libertad de expresión pensaban como nosotros, o en forma muy parecida. Y por ello las órdenes que tal vez recibían se obedecían, pero no se cumplían.

Los propósitos de los fundadores ciertamente no importan tanto como los resultados, y esos resultados, buenos o malos, no dependían de nosotros, claro es, sino de los colaboradores de la revista. Pero el hecho es que tales resultados, en general, correspondieron bastante a nuestros originales propósitos. Escribía Dieste en 1973, refiriéndose a *Hora de España*: la "dignidad con que ésta se presenta, y a lo cual debe su transparencia y ejemplaridad al cabo de los años, no fue cosa gratuita. Fue una victoria, en parte asegurada por el tipo de previsiones con que acertamos a planificarla".

Queríamos evitar en lo posible la tosa literatura de propaganda, como en la revista misma mucho repetimos: pero pensábamos además que al dejar en libertad al escritor para que éste pudiera expresar sus sentimientos e ideas se reflejaría de algún modo lo que ocurría en España, la realidad. Y al mismo tiempo esperábamos, confiábamos, que en ocasiones al menos, esa realidad trágica, presente, apareciese trascendida, universalizada. Y así ocurrió, creo yo, bastantes veces. Y los que hubieran producido de todos modos esas más altas creaciones, encontraron en la revista un vehículo adecuado para publicarlas, como ocurrió con los extraordinarios poemas de Alberti de *Capital de la Gloria*. Se publicaron, claro

es, cosas buenas y malas, mejores o peores: pero en general la calidad fue bastante alta, sobre todo en poesía. Escribía Lechner, que fue quien primero la estudió en su conjunto: "En cuanto a la calidad de la poesía que se publicó en *Hora de España*, no hemos cambiado de opinión: es sin ningún género de duda el cuerpo de poesía más impresionante que se publicó durante los años 1936-1939". También se publicaron bastantes buenos ensayos y notas. En cuanto a la narración, o intentos de novela, lo que apareció es más bien pobre, creo yo. Tal vez porque este género requiere más distancia y tiempo: o simplemente porque no hubo buenos novelistas durante la guerra misma.

Un tema que aparece repetidamente en la revista es el que se refiere al pueblo español y a una nueva relación posible entre éste y los intelectuales. Ello corresponde a una visión algo romántica, mítica, que muchos teníamos entonces del "pueblo". Algo bastante vago, una idealización que se hizo aún mayor, claro es, durante la guerra. "La palabra *pueblo* tenía para nosotros un tañido especial", decía Dieste en 1973. Y lo tenía también para Antonio Machado. Esa admiración y respeto hacia el pueblo es algo que han destacado todos los estudiosos de *Hora de España*. Incluso Serge Salaün, que no mira con demasiada simpatía esa "tribuna encumbrada de los espíritus selectos", como él dice, señala ese muy común deseo, manifestado en muchas formas de acercamiento al pueblo, tanto en los poetas cultos como en los populares. Habla Salaün de un extraño querer "ascender del YO al TU y no al revés". Mas con ello ve, en lo que se refiere sobre todo al poeta "culto", a ese que él llama "Poeta-guía", una "profunda contradicción de los intelectuales durante la guerra", pues "el fenómeno es a la vez de compenetración y de distanciamiento"<sup>2</sup>. Lo cual es relativamente cierto: aunque la "contradicción" no sea profunda sino sólo aparente, ya que el "distanciamiento", cuando lo hubo, no se debía a la voluntad de esos que él llama "espíritus selectos", sino a algo quizás inevitable, y bastante lamentado.

Y ahora, por último, recordaré el sueño aquél de un "hombre nuevo". La esperanza que algunos teníamos de que pudiera surgir en el futuro, en unas nuevas circunstancias, con un nuevo modo de vivir, un ser distinto, mejor,

más solidario. Un sueño éste bastante común por aquella época y al que hacíamos alusión a veces los que habíamos conservado una fe, cierta fe, en la revolución comunista. Nunca llegamos a saber, claro es, si ese sueño se habría convertido o no en realidad, ya que hacíamos depender la aparición de ese "hombre nuevo" de la victoria militar y del triunfo de la revolución, que no llegaron nunca. Pero hoy, a la vista de lo ocurrido en Rusia y en otras partes, creo que no hubiera surgido, aun después de la revolución triunfante, hombre nuevo alguno.

Mas dejando aparte ilusiones, sueños, engaños y fantasías de entonces, queda ahora con un valor permanente, por lo que representa y expresa, la revista *Hora de España*. Y queda también como algo aún válido la libertad del escritor, que defendíamos y practicábamos en la medida de lo posible. Esa libertad que entonces proclamábamos es sin duda una de esas verdades "que siguen siéndolo".

NOTAS

<sup>1</sup> Esta carta de Dieste así como otras aquí citadas, se encuentran recogidas en el libro suyo.

póstumo, *Testimonios y Homenajes* (Lala, Barcelona, 1983). Algunas de ellas ya habían sido publicadas en J. Lechner, *El compromiso en la poesía española del siglo XX* (Universidad de Leiden, 1968); Francisco Caudet, *Hora de España (Antología)* (Turner, Madrid, 1975); y Manuel Aznar, *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana* (Lala, Barcelona, 1978). Los tres estudios me han sido muy útiles al tratar de ordenar estos recuerdos de *Hora de España*.

<sup>2</sup> Véase el estudio de Serge Salaün "Poetas 'de oficio' y vocaciones incipientes durante la Guerra de España", incluido en *Creación y público en la literatura española* (Castalia, Madrid, 1974), pp. 187-188.

LA VIDA (A) LEVE

LA MUSA CON VESTIDO A SU MEDIDA, II

Dos sonetos sobre el soneto traducidos por Ulalume González de León

EL SONETO

"¡No entraré en él!", exclama, y se ríe nerviosa.  
"¡Voy a hacer estallar tu corsé de Procusto!"  
Infla el pecho sumiendo su vientre, y un robusto  
brazo aventura luego, de forma voluptuosa.

Gozo, pues soy paciente, batalla tan sabrosa.  
En el vestido estrecho, que a su cintura ajusto,  
logro hacerle pasar hombros, cabeza, busto  
y, en un tira y afloja, toda su carne rosa.

Mi arte dibuja entonces, bajo el velo plegado,  
la entraña palpitante y el contorno asentado;  
y aunque flota la tela, la belleza se acusa.

Ella, así de sencilla, luce bien ataviada.  
Nada le resté al alma ni añadí al cuerpo nada:  
así a la mujer quiero, así quiero a la Musa.

Joséphin Soulary (1815-1891)